

comprensible lenguaje de aquellos personajes de tal talante, nos hubiera hecho creer que íbamos á abordar á alguna playa africana y á caer en manos de una horca de Kabyles. De hecho íbamos á tener que hacer con Arabes, y lo que es peor, con Arabes que han sacado patente; los mozos de cordel de Beaucaire. Apenas estuvimos á su alcance, cuando se lanzaron sobre el barco, precipitándose sobre nuestros equipajes: de buena, ó de mala gana, es necesario aceptar sus servicios, ellos tienen el monopolio del descargo. Nuestros efectos, que no hacían carga para dos, fueron tomados entre cuatro para llevarlos, y les seguimos al hotel, algunos pasos distante de la orilla. Un viajero creyó mostrarse jeneroso ofreciendo cincuenta céntimos á su mozo por el transporte de su ligera balija; este se niega, diciendo que se le debe el doble: el viajero no pasó por ello, y el cargador se alejó murmurando. Durante el desayuno, le vimos volver acompañado de un policía; enseñaba un decreto del alcalde, que impone á los viajeros la obligacion de pagar un franco, cualquiera que sea el volumen del fardo y la distancia recorrida. Poco deseoso de hacer un conocimiento más íntimo con este excelente policía, el viajero se excusó con buen modo, dando lo que se le pedía; pero si el señor policía (maire) puede estar cierto de que es el muy querido de los cargadores, no debe estarlo también de que siempre será el objeto de las bendiciones de los extranjeros. ¡Dios os guarde, cargadores de Beaucaire!

Acabado el almuerzo, atravesamos el puente moderno que conduce á Tarascon. La antigua iglesia de Santa Marta, tan notable por su arquitectura, atrajo desde luego nuestras miradas: por desgracia, la última creciente del Ródano había inundado la catacumba, lo que nos impidió ver á nuestro sabor la tumba de la santa hos-

pedadora del Hijo de Dios; fuimos compensados con la relacion del milagroso apostolado de Santa Marta. Hé aquí lo que contaba el cicerone:

«Llegada al país, decía, lo encontró la santa sumerjido en la idolatría; pero bien pronto la Providencia le proporcionó la ocasion de probar la verdad del cristianismo. Un monstruo horrible, que llamamos Tarasca, ejercía sus desolaciones y llevaba la consternacion á toda la nacion. Muchas ocasiones se habian reunido los habitantes para darle carga; pero el monstruo habia devorado á los más valientes y se habia escapado de sus ataques. Nadie se atrevia á salir: entónces se recurrió á la santa extranjera, suplicándola que librase al país del azote que lo desolaba. Habiéndose encomendado á Dios la santa, se armó de una pequeña cruz y de un cordon, y preguntó: ¿dónde está el monstruo? Se la conduce á la entrada del bosque llamado *Ner-luc*, en donde el espantoso animal tenia costumbre de estar, cuando no se hallaba en los bordes del Ródano, en una caverna que servia de sepulcro á la mayor parte de los viajeros. La heroína entra al bosque, se adelanta hasta la boca de la caverna, y con una voz firme y resuelta dice al monstruo: *¡En nombre de Jesucristo te mando salir!*

«Al momento se ve aparecer una bestia tan espantosa, que su sola vista era capaz de hacer morir de terror. Era un animal, medio cuadrúpedo y medio pescado; tenia el cuerpo más alto y más largo que un toro, la cabeza de un leon, los dientes largos y cortantes, la crin de un caballo, los piés de su oso y tenia seis, y la cola de una serpiente; su cuerpo estaba cubierto de escamas, á prueba de las armas más fuertes; sobre su espinazo se elevaba una arista armada de agudas puntas, tan duras como el fierro. A su vista, los más intrépidos huyen, y la santa queda sola

Arrastrada por un poder divino, la Tarasca se acerca y viene á depositar á sus piés los miembros palpitantes de un desgraciado viajero que debia ser su última víctima. La santa le toca la cabeza con la cruz, y pasándole su cordon al rededor del cuello, conduce al monstruo, tan manso como un cordero: toda la ciudad acude al ruido del milagro. Para vengarse de las crueldades que les habia hecho sufrir, los habitantes mataron la Tarasca, despues de haberla golpeado y desgarrado con el mismo temor que si fuera una fiera pintada en un lienzo. Se dieron á Marta unánimes bendiciones, y el poder del Dios de los cristianos fué reconocido públicamente. En memoria de este acontecimiento, que fué para nuestro país el fin de la idolatría y el principio de la fé, celebramos cada año una soberbia fiesta, de la cual quedariais muy contentos si asistieseis.»

El buen hombre iba á contarnos la fiesta de la Tarasca, cuyos pormenores nadie ignora; pero nuestra atencion se dirigió á otros objetos. El castillo de Tarascon nos mostraba sus negras murallas, desde cuya altura fueron precipitados, despues del 9 thermidor, un gran número de republicanos furiosos. Así, á algunas leguas de distancia de esos sangrientos teatros de la revolucion francesa, se hallan la nevera de Avignon para las víctimas; el castillo de Tarascon para los verdugos: el mismo jénero de suplicio. ¡Tal es la justicia de Dios!

Entre tanto, ya habia sonado la hora de partir para Nimes. Volver á pasar el puente, saludar el vasto campo de la feria, entónces desierto, el canal del Medio día cubierto de buques atravesar: Beaucaire en toda su lonjitud, fué negocio de diez minutos que nos quedaban todavía. Apenas espiraba el undécimo, cuando los ruidosos vehículos de la industria nos llevaban con la rapidez del viento á través de

una vasta campiña plantada de olivos. Estos precios árboles, cuyas parduzcas y pequeñas hojas están léjos de halagar la vista de un extranjero, regocijaban entónces el corazón del propietario; estaban cargados de frutos que prometían á los felices habitantes de Provenza, un año de abundancia. El olivo requiere ser cultivado con cuidado, podado y abonado cada tres ó cuatro años: á este precio paga ampliamente los sudores del hombre. El moral que lo acompaña casi siempre, no es ménos útil; su verde follaje forma el bordado ordinario de los arbustos de olivo, y da al paisaje un aspecto ménos monótono.

En ménos de una hora se habian salvado siete leguas: estábamos en el desembarcadero de Nimes. La catedral, tan rica en recuerdos, los fosos del obispado, sepulcro viviente de una multitud de católicos durante las guerras de religion, la famosa fuente con su jardin, el orgullo de los nimeses, tales fueron los primeros objetos de nuestra ardiente curiosidad. El manantial, que forma riachuelo, sale del pié de una montaña, en cuyo vértice se eleva la *Torre Magna*, antiguo faro edificado por los romanos. La vertiente que mira á la ciudad, está sembrada de verdes árboles y presenta el aspecto gracioso de un jardin inglés, con sus calles en espiral, sus saltantes rocas, sus accidentes de terreno y sus perspectivas de un efecto verdaderamente pintoresco. En el desagüe mismo, formado por el manantial de la fuente, se encuentran baños romanos y un templo de Diana, cuyo cimientó está muy bien conservado. Veintiun pasos de distancia, al pié de una roca, se eleva un templo druida, si alguna vez los druidas tuvieron templos. Las gruesas paredes de cantera bruta que lo componen, contrastan de una manera notable con las delicadas esculturas del templo de Diana. El jenio de los pueblos se revela en este

doble monumento, y el paganismo se muestra en él con sus dos caracteres distintivos, la crueldad y la voluptuosidad. Siguiendo aquellas hermosas aguas, cuya pureza y transparencia me hacían recordar los riachuelos de la Suiza, recorrimos todo el jardín de la Fuente, verdadero *Luxemburgo* de Nîmes, y llegamos á la *Casa Cuadrada*.

Este templo, que por su construcción ocupa el primer rango entre nuestras ruinas romanas, forma un paralelogramo apoyado sobre treinta columnas estriadas de una buena arquitectura. Colocado en medio de un *forum*, este monumento fué según todas las apariencias, edificado por Agrippa y dedicado á Augusto. Pero después de la muerte del joven Marcelo, habiendo adoptado Augusto á los hijos de Agrippa su yerno á quienes dió el título de Césares, se cree que les fué consagrado este templo. Tal parece ser el sentido de la siguiente inscripción:

C. Caesare Augusti F. Cos. Lucio Caesari augusti
F. Cos. Designato, Principibus Juventutis.

"A. C. César hijo de Augusto, cónsul.

A. Luciano César "hijo de Augusto,
cónsul designado, príncipes de la juventud."

La Casa Cuadrada, que sirve hoy de museo y de galería, ofrece una notable colección de antigüedades. Los bustos de mármol, los sarcófagos de granito, las pequeñas estatuas de bronce de las divinidades paganas, son allí muchas y bellas. Entre las piedras sepulcrales, advertí aquella cuya inscripción comienza por estas palabras: *Pax aeterna*. Hasta en los trofeos de la muerte intentaban grabar los paganos el dogma social de la inmortalidad. A la cabeza de los cuadros se muestra *Cronwell* abriendo la tumba de *Carlos I*. Bien pronto el espectáculo del rejicida, inmortalizado sobre el lienzo, dió lugar á un recuerdo no menos espantoso,

grabado sobre la piedra. En las cercanías de la Casa Cuadrada, se eleva el anfiteatro en que se derramaron olas de sangre humana para la diversión del pueblo-rey. Mejor que todo lo que hemos observado, las arenas de Nîmes, atestiguan por su perfecto estado de conservación y por sus colosales proporciones la crueldad y poder de los romanos. Cuando estais allí, en medio de aquel vasto recinto de paredes diez y siete veces seculares, por poco que impongais silencio á vuestra preocupación del momento, ¡qué multitud de recuerdos y de imágenes os asaltan! A vuestro alrededor, desde el *podium* hasta la galería superior, os parece ver sentados sobre las gradas á aquellos treinta mil espectadores ávidos de sangre, oír sus prolongados aplausos á la caída de cada víctima, los desgarradores gritos de los heridos, el estertor de los moribundos, los aullidos de los leones y de los tigres, el chis chas de las espadas, ó la bocina de los gladiadores que introducían á la arena un esclavo desgraciado, un cristiano tal vez, ó alguna nueva bestia cuyo porte y extraordinario furor van á dar un instante de convulsiva alegría á aquel pueblo enajenado; y vuestro corazón se oprime, y á la noche siguiente sueños espantosos os turbarían, si no viniese á dormir todos los otros sentimientos el reconocimiento hácia Dios que ha librado al mundo de tanta barbarie.

El orden de nuestras correrías nos hizo pasar de las *Arenas* á la prisión central ocupada por los hermanos de la Doctrina cristiana: esta intermediación nos pareció muy buena. Ver repentinamente en presencia uno de otro, al paganismo y al cristianismo en su espíritu y en sus obras, ¡qué mejor medio de apreciarlos y de llegar sin gran esfuerzo de lógica á las siguientes conclusiones! Bajo el imperio del paganismo, profundo desprecio á la humanidad; bajo el reinado del cristianismo,

respeto religioso aun para el culpable; en las arenas, egoísmo y crueldad; en la prisión, desinterés y caridad; allá, asesinato del inocente por el culpable; acá, consuelo del criminal por el inocente; allá, gritos de alegría al espectáculo del dolor; acá, lágrimas de compasión á vista del sufrimiento; allí, el débil, el pequeño, el prisionero cargado de cadenas é inmolado por el fuerte y poderoso; aquí, el fuerte y el poderoso convertido en servidor del pobre y del pequeño; allí, gladiadores; aquí, hermanos. En cuanto á la razón de este fenómeno moral, siempre subsistente, ¿quereis conocerla? levantad la vista: en las arenas, Júpiter y Venus, el águila y las haces consulares; en la prisión, Jesús y María, la paloma y la cruz. ¡Esto es todo!...

6 DE NOVIEMBRE.

Arlés.—Saint-Trophime.—Los Claustros.—San Cesáreo.—El teatro.—El anfiteatro.—Los concilios.—San Genés.

De vuelta á Beaucaire, fué necesario á toda prisa ganar el puerto, hácia el cual se precipitaba la multitud de viajeros. La campana del *Papin* había sonado ya, y su chimenea lanzaba á lo lejos una ancha columna de blanco humo, señal de próxima partida. A las ocho estábamos en plenas aguas, el cielo soberbio, y el Ródano tranquilo; de suerte, que á las diez abordábamos á Arlés, después de haber salvado una distancia de seis leguas. Las circunstancias nos obligaron á permanecer en aquella ciudad hasta la mañana del siguiente día, y de ello me di los parabienes.

El filósofo que sin salir de Francia quisiera hacer un curso completo de meditaciones, sobre las revoluciones de las cosas humanas, no podría hacerlo mejor que fi-

jando su morada en la antigua ciudad arlesiana. Los griegos, los romanos, los Bourguignonos, los Godos, los Sarracenos, los Francos, ¿qué sé yo? veinte diversos pueblos han removido á su turno con sus manos y humedecido con su sangre, ese suelo cubierto todavía con los monumentos de su poder. En otro tiempo, templos, edificios, palacio, forum, anfiteatros, ciudadelas; en el presente, esos monumentos se han convertido en lo que llegan á ser á la larga todas las obras del hombre, en ruinas; por esto mismo son como me lo parece, más elocuentes. Añadid que el pueblo, guardian de ese gran sepulcro, es un pueblo aparte. El Arlesiano difiere en vestido, lenguaje y costumbres de las poblaciones vecinas; se diría que se acuerda de su pasada gloria y que quiere permanecer en ella.

Sin embargo, entre todos estos rotos poderes, hay uno que sobrevive y que ha sabido imprimir allí, como en todas partes, un sello de inmortalidad á sus hombres y á sus monumentos; es el cristianismo. Después de tantos siglos, Arlés conserva un religioso recuerdo de Trophime, de Cesáreo, de Genés. El primero era un pobre discípulo de un fabricante de tiendas llamado Pablo, que desde la prisión en que estaba encadenado en la gran Roma, menospreciaba el poder de Nerón, hacia bambolear en sus altares á los dioses del Capitolio y enviaba discípulos para la conquista del mundo. Arlés tocó á Trophime, y el joven apóstol, secundando maravillosamente los designios de su maestro, alcanzó someter al imperio de la cruz una parte de la Gaula meridional. 1

Alojados en un hotel, edificado tal vez sobre la basílica del foro, como parecen indicarlo dos antiguas columnas colocadas en la fachada, estábamos á dos pasos de la

1 Mamachi. Orig. et antiquit. christian, tom. II, lib. 2, pág. 266.